



Seix Barral

Guillermo Martínez

Un crimen dialéctico





Seix Barral

Guillermo Martínez

Un crimen dialéctico

Biblioteca Guillermo Martínez

PRIMERA PARTE

SÁBADO

(mañana)

Mentir con la verdad: que lo auténtico sea el disfraz de lo falso. Es verdad, como le dije a la dueña de la posada, que no podría anticiparle cuántos días me quedaré, pero que estaba dispuesto a pagar una semana por adelantado. Verdadero mi nombre, tal como al llegar lo asenté bajo sus ojos en el libro de la recepción, con mi número verdadero de documento. Verdadera también la ocupación, en toda su inocencia difusa: investigador en ciencias cognitivas. Verdadero el único pedido que hice, con la lapicera todavía en la mano, y la explicación que recité para justificarlo: necesitaba conexión de e-mail en mi cuarto para intercambiar mensajes con otros colegas por un artículo del que me toca hacer el referato.

Esto último es particularmente cierto, por desgracia. Estaba a punto de escribir mi informe cuando recibí el llamado inapelable y debí dejar mi beca en Inglaterra, dejarlo todo, y volar de regreso al país, a esa reunión siniestra del pasado con mi pasado en el sótano de una librería.

Podría parecer absurdo —dada la misión que llevo en mí como un explosivo cuidadosamente atado bajo la ropa— que todavía me preocupe por esta obligación académica, cuando no sé qué será de mi vida en unos pocos días, pero sencillamente no puedo evitarlo: algo quedó allá sin resolver en mi escritorio, algo que también late y me atormenta con su tic tac lejano. Traje mi notebook y algunos de mis libros —libros insospechables que dejaré a la vista en el cuarto—, y quisiera completar el informe aunque sea lo último que haga (creo que puedo usar esta expresión de la manera más literal ahora). Podría argumentar, y también sería verdad, que este informe pendiente es quizá lo más importante y delicado que llegará nunca a mis manos: el artículo se propone demostrar, con un experimento de neurociencia, que el libre albedrío en realidad no existe, que es solo una «ilusión persistente», como declaran pomposamente los autores en el *abstract*. Podría incluso enumerar, para justificarme, los alcances arrasadores que tendría una afirmación así en el caso de que se probara cierta —¡hasta en la distinción inocente-culpable de las causas criminales!— y por qué se la debe escrutar desde todos los ángulos. Pero sé muy bien que en el fondo es solo la vieja maldición que me acompaña desde siempre: la necesidad enfermiza, maniática, de terminar lo que sea que haya empezado.

La dueña de la posada pareció dudar por un momento ante mi pedido y señaló una vieja computadora en un escritorio semioculto junto a una cabina con un teléfono.

—¿No podría arreglarse con la computadora para huéspedes? —me preguntó casi en un ruego.

Recién entonces, cuando pronunció «arreglarse» con un ligero arrastre gutural, uní su nombre, Irina, que me lo había dicho mientras llenaba mis datos, con el nombre de la posada, Baba Yaga, tan curioso para un hotelito nor-
teño, y comprendí que debía ser rusa. ¿Sería una simple casualidad? Traté de que la alarma inevitable que sentí subir por el pecho no llegara a mis ojos ni a mi voz y la miré con atención por primera vez. Vi una mujer suave, muy pálida, alrededor de los cuarenta y cinco años, de rasgos eslavos y ojos grandes y algo asustadizos como charcos azules expectantes, que conservaba con orgullo el pelo largo de un rubio oscuro, arrollado en una trenza detrás de la cabeza. Tenía un vestido por debajo de las rodillas de un azul lustroso, incongruente con el frío de la mañana andina, como si volviera de una función de gala. Quizá, pensé, no se resignara a dejar de vestirse como rusa, o bien estuviera acostumbrada a las temperaturas gélidas. Parecía tímida y extremadamente educada, con esa cordialidad un poco temerosa y a tientas de los extranjeros, que aun si hablan a la perfección el nuevo idioma temen equivocarse con el tono o las palabras. No alcancé a advertir ningún doblez en ella y, sin embargo, ahora que confirmaba para mí con cada detalle que era rusa, ruso el vestido, ruso el labio inferior algo más grueso, rusa la altura sobresaliente, rusas las facciones todavía bellas aunque un poco ajadas, ruso el pequeño crucifijo de tres travesaños sobre el pecho, esa nota única resonaba cada vez más alta y traía los ecos intermitentes de disparos, el silbido exhalado por las balas del Kalashnikov, el impacto lejano en los blancos. Y con ellos, el recuerdo arrasador de Tatiana, la instructora rusa de tiro en los campos helados

de Alemania Oriental. ¿Era posible que hubieran puesto a esta mujer aquí para vigilar que yo llegara realmente hasta el final? ¿O debía más bien mirarla como a una posible aliada? Nada de esto tenía ningún sentido, me dije, una pipa también podía ser una pipa y no toda rusa en el extranjero era una *mamushka* de identidades falsas.

Ella, que todavía esperaba que le respondiera algo, me miró a su vez, extrañada por mi silencio. Recordé que por sobre todas las cosas no debo dejar que nada en mí pueda despertar extrañeza. Le dije, esforzando también mi amabilidad pero con firmeza, que en la página del hotel prometían habitaciones con conexión y que posiblemente, por la diferencia horaria con Europa, debería chequear mensajes hasta muy entrada la noche: estaba dispuesto a pagar un extra si fuera necesario.

La mujer suspiró con desaliento y movió la cabeza como si debiera enfrentarse a fuerzas oscuras y superiores que se conjuraban en su contra.

—No es eso, no es eso. El novio de mi hija debía ocuparse, pero todo es complicado, todo es muy difícil. Y ahora, con el casamiento... Ahh, sería demasiado largo explicarlo —desistió—. Pero podríamos pasarlo a la habitación principal, esa sí tiene ya la conexión, ¿le parece bien? Todavía no empieza la temporada y usted es por ahora nuestro único huésped.

Me parecía muy bien, por supuesto, y así se lo dije. Nos volvimos a mirar, con una especie de gratitud mutua de que todo hubiera quedado resuelto de una manera tan simple.

—¡Bienvenido, entonces! —dijo con alegría y se dio vuelta para buscar una llave en el tablero. Vi en ese momento, sobre el tapete del mostrador, el libro que leía

cuando yo había entrado y que había dejado abierto boca abajo. *Los caracteres de la tapa estaban en cirílico*. Ella siguió mi mirada, con la llave ahora en la mano.

—Usted... es rusa —dije, sin poder evitarlo, y más que como una pregunta sonó casi como la confirmación de una sospecha.

—Sí —dijo ella, intrigada, como si esperara alguna aclaración de mi parte, y con un movimiento inconsciente se llevó una mano al crucifijo—. Vine aquí con mi esposo al casarme. ¿Acaso lee en ruso?

—No, no —y traté de salir del paso—. Pero leí en alguna época bastante literatura rusa. Me preguntaba qué libro sería este.

—En realidad no es un libro ruso —dijo—. Es una traducción de *La religiosa*, de Diderot.

Decidí callarme. Ella me dejó la llave en la mano, me volvió a mirar y como si le hubiera pasado por la mente una idea y buscara la forma de expresarla, bajó y subió indecisa y con algo de ansiedad la cabeza.

—Ahora voy a llamar a mi Katyusha para que le muestre el cuarto. Pero pensé... se me ocurrió... que quizá quiera cenar con nosotros esta noche, en el caso de que no tenga compromisos, claro. El centro del pueblo queda un poco lejos para caminar con este frío. Y así podrá conocer también a mi esposo, el Coronel. Por otra parte... —quedó suspendida, como en la búsqueda de una frase, y abrió las manos en un gesto a la vez desvalido y gracioso, como si se burlara de sí misma— ¡yo tendría por fin con quien hablar de libros!

En aquello último que había dicho, pero sobre todo en la aparición furtiva de su sonrisa, entreví a la mujer

seductora que habría sido, ahora quizá replegada a un mundo íntimo, silencioso, de lecturas solitarias de otro siglo. Imaginé que se habría casado muy joven para tener ya una hija en edad de casarse también. Le agradecí y acepté de inmediato. La cara de la mujer se iluminó, me dijo algo más en tono cordial sobre horarios del desayuno y limpieza del cuarto y tocó la campanilla en el mostrador para llamar a su hija. Por supuesto, que su esposo pudiera ser realmente un coronel del ejército me había dado un nuevo sobresalto, casi diría un escalofrío. Rogué por dentro que fuera solo un apodo, una manera burlona de llamarlo. Me dije que debería esperar a la noche y a la cena para confirmarlo. Estoy, por desgracia, todavía a ciegas. Durante la reunión con el Partido no quisieron decirme nada sobre quién sería, «el nombre llegará a su tiempo», supuestamente por los protocolos de seguridad. Solo tuve la instrucción de esperar en esta posada. Había dado por sentado que se trataría de otro huésped, de alguien alojado aquí mismo, o todavía por llegar, pero quizá no sea así. Quizá no sea así y deba mirarlo todo —mirarlos a todos— de una manera diferente.

La suave Irina tocó por segunda vez la campanilla y por fin apareció Katyusha. ¿Qué decir de ella? Joven, abrumadoramente joven, no más de veinte años, calculé. Alegre, radiante, distraída, envuelta en una cápsula protegida de felicidad. ¿Sería ella, entonces, quien pronto se casaría? ¿O habría una hermana mayor? Mientras su madre le decía algo de mí, vi su anillo de compromiso y el jugueteo de sus dedos que lo acariciaban en círculo, como un tic recién estrenado. Sí, debía ser ella: veinte años y ya dispuesta al borde de la pileta turbia de la adultez, incons-

ciente, desprevenida, lista para lanzarse de cabeza. Pensé que al fin y al cabo yo también tenía veinte años cuando me arrastraba cuerpo a tierra con las rodillas entumecidas por el frío en Alemania Oriental, y había jurado, al borde de otra pileta turbia, socialismo o muerte. ¿Quién había dicho que el hombre solo existe en cada edad concreta, y que comprender al otro significa comprender también la edad que atraviesa? ¿No es por eso, acaso, porque me fue asignada demasiado tarde, que ahora me parece incomprendible, y aun monstruosa, esta misión a la que no supe negarme? Katyusha me hizo una seña para que la siguiera por una galería con arcos que bordeaba un patio colonial de baldosas de terracota. Bajamos a un camino estrecho de lajas y al verla caminar delante de mí, leve, muy delgada, más baja que su madre, algo en su aspecto grácil, casi saltarín, me trajo un recuerdo lejanísimo que creía olvidado, el de una bailarina en una cajita de música de mi madre, que se izaba sobre un pie en cada vuelta, con un brío festivo que se apagaba de a poco al acabarse la cuerda y me dejaba al extinguirse una sensación de tristeza. Se detuvo delante de una puerta de madera labrada con visillos sobre los vidrios, flanqueada a cada lado por una maceta fornida con geranios rojos. Es nuestra habitación más grande, con vista al Nevado, dijo y abrió la puerta. El cuarto estaba en penumbras. Avanzó hacia las dos ventanas con postigos de madera, las abrió una tras otra y se dio vuelta hacia mí, como si hubiera preparado un efecto teatral y esperara a que yo le hiciera justicia. Vi el cielo nítido, inmovible; casi bajo la ventana, un campo de cardones enhiestos como una procesión desperdigada hacia la altura, y allá al fondo, por sobre un

primer macizo de cerros pelados de pura roca uniforme, las crestas blancas de una segunda línea de cumbres que parecían pertenecer a otro tiempo y a otro mundo, impávido, inalcanzable. Asumí, por las fotos que había buscado antes de viajar, que el Nevado era el pico que sobresalía, aunque no demasiado, dentro de esa sucesión quebrada que me hizo recordar la función diente de sierra de algún antiguo curso de análisis matemático. Pensé que así lo dibujaría en todo caso, a la manera de Mandelbrot, ahora que lo tendría todo el tiempo en mi ventana. Una vez más, me di cuenta, era más sensible a la geometría de la naturaleza que a la naturaleza en sí, aunque aquí se presentara con todas sus mayúsculas de imponencia para arrancar admiración y asombro religioso. Me pregunté si habría dedicado el tiempo suficiente a la contemplación y me volví hacia Katyusha, hacia ese otro paisaje todavía más interesante y absorbente de lo humano. Comprendí, en la expectación de su cara seria y adorable, que debía rendir homenaje de algún modo a la vista. Seguramente ella, que se habría criado desde niña frente a esas montañas, que las había tenido siempre frente a los ojos, no habría experimentado nunca la sorpresa, el golpe de arrobamiento, el hechizo instantáneo de inmensidad que buscaban y encontraban los turistas. Solo a través de sus exclamaciones, en un idioma siempre extranjero, solo por los suspiros y deslumbramientos ajenos podía saber y asegurar para sí el orgullo de propiedad de algo que le pertenecía desde la infancia y aun así nunca había visto del todo. Pensé que si quería conocerla, que si *debía* conocerla, tenía que jugar el juego y señalé aquí y allá, con mis propias exclamaciones, la postal idílica.

—Sí, ¿verdad? —dijo ella, complacida—. Y de noche, ya verás, el cielo es único, dicen que en ningún otro lugar se ven tantas estrellas.

Que hubiera decidido tutearme desde el principio me pareció una señal favorable. Ya antes de viajar a Inglaterra, cuando pisaba los treinta y estaba por doctorarme, mis alumnos de la universidad, en su misma edad, empezaban a vacilar sobre esto. Pero ella no dudó y esa confianza amistosa, inmediata, me hizo sentir aún más culpable. Vi que se daba vuelta hacia el interior del cuarto y alzaba de una repisa el control remoto del televisor. Apuntó hacia la pantalla y aparecieron en sucesión unos pocos canales. Son los únicos que llegan aquí, dijo como una disculpa. Le pedí el control y subí el volumen. Había visto en la última imagen, por primera vez desde mi regreso al país, la cara del Candidato. Era un spot de campaña, parte de la filmación en alguno de los actos fervorosos, atronados de gente, por el regreso inminente de la democracia. El Candidato —y esto me sorprendió antes que nada— tenía el pelo renegrido de tintura, como un casco inverosímil ceñido sobre la cara ahuecada de arrugas, y gesticulaba al hablar con el puño a medias cerrado y avanzando el índice como un ariete hacia delante. Todo en él parecía encendido en un aura de pasión cívica, de valentía, de decisión, pero la tintura, como si estuviera a punto de chorrear por las orejas, contradecía burlonamente por lo bajo cada palabra. Su vozarrón se elevaba en la arenga final contra la dictadura, y lo arrebatava, a él, a la multitud, en un clamor, un paroxismo de entusiasmo y banderas que se agitaban. Y sin embargo, la tintura, la tintura con su nota falsa... Así que era este, o más bien, sería este —*si*

hacemos bien nuestra parte, como me habían dicho en la reunión— el futuro presidente. El spot se congelaba en el saludo final, un saludo curioso, con las dos manos unidas y trenzadas en lo alto fuertemente por las muñecas. A continuación, en un recuadro celeste, aparecía agigantado su nombre y un repiqueteo de letras que formaban en cursiva, como el trazo de una firma, el *leitmotiv* de campaña: *El hombre que el país espera*. Vi que Katyusha, a mi lado, había aguardado con paciencia hasta el final. Pensé que lo habría visto ya muchas veces.

—Perdón —le dije—, estuve fuera del país y recién acabo de volver: nunca lo había escuchado hablar.

—¿Volviste solo para votar? —me preguntó con una ligera incredulidad.

—En cierto modo, sí —dije—, aunque todavía no sé si podré quedarme tanto. Sería la segunda vez que vote en mi vida. Y supongo que para vos la primera.

Asintió y no me resistí a una pregunta más:

—¿Y? ¿Qué te parece «el hombre que el país espera»?

Hizo un gesto de duda, como si ni siquiera lo hubiera pensado todavía.

—Me hace gracia el saludo —dijo y alzó los brazos para tomarse de las muñecas en una contorsión cómica. Me reí y ella también rio y acentuó el saludo hacia izquierda y derecha, como había hecho el Candidato. Así, con los brazos en alto, estirada y algo arqueada hacia arriba, todo su cuerpo comparecía súbitamente frente a mí y el suéter, delgado y corto, al subirse dejó descubierto el ombligo. Fue de inmediato consciente de esto, o advirtió el cambio en mi mirada, porque bajó los brazos, dio un tirón del suéter y se retrajo al estado inicial de cordialidad genérica,

para mostrarme el resto del cuarto y el baño. Tendré que esforzarme por no mirarla *de ningún modo* otra vez así. No puedo despertar sospechas y mucho menos alarmas. Me lo anoto aquí como un recordatorio a mí mismo que, sé muy bien, será difícil de cumplir.

Cuando se retiraba del cuarto «para dejarme descansar» quise darle algún dinero de propina y hubo otro pequeño momento de confusión: lo rechazó primero (*no hace falta, de verdad no es necesario*), pero le insistí para que lo tomara de todos modos y señalé su anillo. Supongo que estarán ahorrando para el casamiento, dije. Aquello le cambió por completo la cara: pasó de la sorpresa de que yo supiera, o hubiera adivinado, a acariciar ensimismada el anillo y a sonreírse para sí misma, absorta en su felicidad. Es verdad, dijo por fin, y al tomar los billetes me envolvió en su gran sonrisa del principio, como si hubiera decidido devolvérmela por entero, como si volviera a confiar en mí. Al menos sé, por su edad, que no debería ser ella.